

PERFECTAMENTE FARVIN

OLIVIA

ABTAHI



PERFECTAMENTE FARVIN

OLIVIA

ABTAHI



MARTES

LA PLAYA

1:00 p. m.

—¡Wesley! —grité, y corrí hacia las dunas. La playa estaba repleta de familias y sombrillas sueltas que amenazaban con golpear a alguien cuando soplaba el viento. Las gaviotas volaban en círculos, esperando que a alguien se le cayera alguna papa frita de su almuerzo sobre la arena. ¿Era el lugar más romántico? No precisamente, pero ¿qué importancia tenía? Me había hecho amiga de un chico lindo, y ahora él me respondía con señas—. ¡Vamos, Wesley... ya lo encontraron!

Él esbozó una sonrisa tímida que hizo brillar sus *brackets*, y me derretí.

—Vamos —dijo él desde el otro lado de la playa. Wesley era alto y desgarrado, y tenía puestos unos pantalones cortos muy a la moda, con estampado de elefantes. Evidentemente estaba muy muy enamorada de él. Corrí hacia él en mi bikini color rosa. Mamá me había ayudado a depilarme casi todo el cuerpo para poder usarla, y estaba sumamente orgullosa por eso. Si solo Wesley supiera cuántas cosas había hecho para parecerme al resto de las chicas de la playa... las que, sin duda, no tenían que preocuparse por depilarse los dedos de los pies. Todas las iraníes venían con sus propias alfombras, y las mitad iraníes, como yo, no eran la excepción.

Alcancé a Wesley y juntos corrimos hacia uno de esos tipos que llevan detectores de metales, como los que se mueven por la playa para buscar anillos perdidos. El hombre cavaba con desesperación en busca de algo, y cada vez se juntaban más personas para ver de qué se trataba. Hacía comentarios del tipo: «¡Es algo grande!» o «¡Sin duda es de un naufragio!», y apartaba a los niños que intentaban ayudarlo, ya que «era él quien lo había descubierto». Lástima que lo que buscaba fuera el falso tesoro que Wesley me había ayudado a enterrar anoche. El metal que el hombre estaba buscando a duras penas iba a alcanzarle para comprar un refresco (si lo vendía como chatarra). Era difícil no reírse, con el potencial riesgo de echar a perder toda la broma. Wesley me apretó el brazo para que permaneciera callada, pero me di cuenta de que a él también le costaba guardar silencio. Se me erizó la piel cuando me tocó.

—¡Ya lo veo! —exclamó el hombre—. ¡Seguro que allí hay oro! —Llevaba puesto un gorro de pescador, y en la nariz tenía una ancha franja de protector solar. Parecía un consejero de campamento demente.

Wesley me agarró de la mano; todo su cuerpo vibraba de risa contenida. Era la primera vez que sostenía la mano de un chico. Era una sensación agradable, aunque la mano estaba un poco sudorosa. ¿Todos los chicos tendrían las manos así de transpiradas?

Observamos cómo el buscador de oro desenterraba una caja de metal y la arrojaba sobre la arena. Trepó por el hoyo que había cavado. Se hizo un silencio en toda la playa; todo el mundo esperaba para ver lo que había en el interior de la caja.

La tapa se abrió con un crujido.

—¡AHHHH! —gritó el hombre. Cerró la tapa de golpe y se volvió a la gran cantidad de personas que ahora esperaban

alrededor del hoyo. Solo que su cara estaba completamente teñida de azul.

—¡Me pintó! —farfulló—. ¡Es una trampa explosiva!

—¡JUA-JA-JA-JA-JA! —Me eché a reír a carcajadas junto con el resto de la multitud. Había manipulado la caja para que lanzara tinta apenas la abrieran, y la había llenado con herramientas oxidadas para que el detector de metales se activara. Wesley y yo habíamos acordado que, como esta era nuestra última semana en la playa, debíamos despedirnos con una broma espectacular. Pero esto era mucho mejor de lo que podía imaginar.

—No puedo... respirar... —Wesley resolló con esfuerzo a mi lado; caían lágrimas por su rostro pálido. Sus pestañas eran tan rubias que apenas podía verlas.

El hombre del detector de metales intentó sacarse la tinta con una toalla de playa, pero solo consiguió meterse arena en los ojos.

—¡Lo que contiene la caja ha de ser aún más valioso, ya que está protegido! —Pestañeó rápidamente mientras se dirigía al grupo—. ¡Habrá que informar a las autoridades!

No pude soportarlo más.

—¡BALLENA A LA VISTA! —grité con pésimo acento pirata, mientras estallaba en carcajadas. El hombre del detector de metales se estremeció, trastabilló y estuvo a punto de tropezarse con su «tesoro». Una madre que estaba junto a nosotros dio un grito ahogado y apartó a su hijo de mi lado. Era evidente que parecíamos desquiciados.

Miré a Wesley.

—Vámonos. —Cuando «las autoridades» llegaron, ya nos habríamos marchado—. ¡Te juego una carrera!

Corrimos hacia el mar, gritando «¡Yarr!» y «¡Desistid, novatos!». Wesley no me soltó la mano en ningún momento.

MIÉRCOLES

EL PASEO MARÍTIMO

8:00 p. m.

La noche siguiente fuimos a las tiendas que están junto a la playa.

—¿Quieres tomar helado?

Wesley asintió. Era nuestro último día juntos y yo estaba extrañamente callada, a pesar de que había pasado todo el verano taladrándole los oídos. Wesley sabía escuchar.

Nos habíamos conocido ese verano en la playa. Algunas semanas atrás, había visto que Wesley me observaba jugar al *backgammon*, cuando papá invitó a jugar a otros compatriotas de Oriente Medio que estaban de vacaciones aquí. Había visto que los padres de Wesley eran la clase de personas que estaban ridículamente orgullosas de su moderna heladera portátil, y que su padre usaba un anillo universitario de oro. Todas sus toallas de playa estaban bordadas con monogramas.

Finalmente le pregunté a Wesley si quería jugar, y cuando me dijo que sí, su madre y su padre pusieron cara de terror y alejaron aún más su sombrilla. ¿A quién no le gusta el *backgammon*? Sin embargo, él nos siguió acompañando.

Wesley era flaco y lindo, con cabello color arena que el sol había teñido de rubio, y sus labios parecían siempre agrietados por la sal. No hablaba mucho, pero siempre estaba interesado en lo que yo decía. Sea lo que fuere que yo sugería, desde tomar helado hasta surfear olas, él siempre decía que sí. Para variar tenía un amigo en la playa, y mis MAPS, Ruth y Fabián, se habían quedado en los suburbios de DC.

Aunque en el fondo, esperaba que Wesley y yo pudiéramos ser algo más que amigos.

Compramos los helados, caminamos hacia la orilla y nos sentamos sobre la arena fresca. Tirité en mi vestido. Wesley tenía puesto un lindo suéter que hacía resaltar el azul de sus ojos. ¿Pensaría él que mis ojos marrones eran igual de hermosos?

—¿Tienes frío? —preguntó.

—Un poco. —Mordí un trozo de frío helado.

—Espera —dijo él, rodeándome con su brazo. Guau. ¡Ni siquiera fingió estar bostezando ni nada parecido! Los amigos no se abrazaban, ¿no? Pero... un momento. Yo lo hacía todo el tiempo con Ruth y Fabián. De todos modos, esperaba que Wesley saliera de su caparazón de timidez y tomara la iniciativa.

Después de todo, empezar la escuela secundaria teniendo novio sería extraordinario. Todos en la escuela intermedia ya tenían pareja para fines de primavera, y Ruth y Fabián incluso habían rechazado novios. Era hora de que yo consiguiera el mío, aunque nadie de la escuela intermedia se había interesado en mí. No era necesario que Wesley fuera mi alma gemela ni nada parecido, solo alguien que se riera de mis bromas y me tomara de la mano. El solo saber que alguien me consideraba linda probablemente sería la mejor sensación del mundo. Pero yo no sabía nada de eso. Nunca me había ocurrido.

—¿Estás nervioso por empezar la escuela? —pregunté, inhalando el aroma a sal y jabón de su suéter. Wesley vivía de mi lado de la ciudad, cerca de DC, e iba a empezar en la misma secundaria que yo. Él no conocía a nadie que asistiera a James K. Polk High, ya que todos sus compañeros de la escuela privada irían a Sacred Heart High. Dijo que sus padres lo cambiaban de colegio porque tenía más «sentido económico», pero creo que solo significaba que James K. Polk era más barata, es decir, gratuita. En su lugar, yo estaría muerta de miedo por el cambio, pero Wesley no hablaba mucho de eso.

—Un poco nervioso —admitió. Pude sentir que su brazo temblaba, apoyado sobre mi hombro. Se inclinó hacia mí.

—¿Sí? —murmuré. Ahora estábamos muy juntos. *¡Vamos, Wesley!*, insinué con mi mirada. *¡Toma la iniciativa!*

Él tragó saliva.

—Sí.

Justo en ese momento mi teléfono zumbó en mi bolsillo. Probablemente era un mensaje de texto de mamá y papá para que volviera a casa pronto, ya que a la mañana siguiente debíamos salir temprano de regreso al norte de Virginia. ¡Ahora no, padres! ¿No se daban cuenta de que estaba por suceder algo? Por supuesto, no tenía idea de qué era ese algo, pero parecía importante.

—Escucha, Parvin —dijo Wesley de repente. Pronunció mi nombre tal como se escribía, aunque la pronunciación correcta en farsi era PAR-viin, pero no me molesté en corregirlo.

—¿Mm? —respondí. ¿Iba a pedirme que fuera su novia? ¿O aún mejor, que lo acompañara a la elegante Fiesta de Bienvenida que Polk High organizaba todos los años? ¿Y si solo me decía que se le había dormido el brazo y lo quitaba?

Pero en lugar de hablar, se inclinó hacia mí. Me di cuenta de lo que sucedía justo a tiempo y cerré los ojos. El rostro de él se chocó contra el mío y sentí la marca de sus *brackets* sobre mi boca. Nunca me habían besado sobre los labios. Sentí como si estuviera comiendo una paleta derretida, solo que con más dientes.

¡Está sucediendo!, no dejaba de gritar en mi cabeza. *¡REALMENTE ESTÁ SUCEDIENDO!* Gracias a Dios que me habían quitado los *brackets* antes de venir a la playa, de lo contrario se habrían enredado con los de Wesley. Era un sueño hecho realidad.

Wesley se apartó. Me sequé la boca. Un beso era más sucio de lo que había creído.

—Creo que eres realmente genial, Parvin —dijo.

¡Por fin! ¡Un chico gustaba de mí! No quería irme de la playa y volver a casa mañana. Quería que este momento no terminara nunca.

—Gracias, Wesley —respondí, sin saber qué más decir. Wesley tenía la cara manchada con mi brillo labial anaranjado, que de algún modo había llegado hasta su oreja derecha.

—Ehh, tú también eres genial.

Él volvió a envolverme con su delgado brazo.

—¿Quieres ser mi novia? —preguntó con el rostro sumamente serio. Algo difícil, teniendo en cuenta el brillo labial que lo cubría.

¡SÍ! Levanté el puño mentalmente en señal de victoria. Esta noche iba mejor de lo que jamás hubiera imaginado. *¡VAS A EMPEZAR LA SECUNDARIA TENIENDO NOVIO! ¡JA-JA-JA-JAAA!*

—Claro —dije con tono despreocupado, como si en mi cabeza no estuvieran estallando fuegos artificiales—. Sería genial.

Wesley esbozó una sonrisa.

—Entonces... ¿esta es nuestra primera cita? —preguntó, acercándose tanto que pude ver las pecas de su cara. Me pareció que estaba viendo un aspecto diferente de Wesley: alguien más seguro de sí mismo que el chico al que había arrastrado por la playa durante todo el verano.

Me eché a reír.

—¿Es una primera cita normal? ¿Esto hace la gente por lo general?

Pero Wesley se limitó a ensanchar su sonrisa.

—Lo que es normal está sobrevalorado, Parvin. Y luego volvió a besarme, con brillo labial y todo.